

# EL PACIFICO

Periódico de Intereses Generales

ADMINISTRADOR, PROPIETARIO CARLOS CLAVERA

Año IV

PUNTARENAS, COSTA RICA, DOMINGO 10 DE MARZO DE 1901

Nº 463

## Lectura del Domingo

### Una pareja feliz

—Del grupo más risueño de bellas damas brotó una frase sonora, clara, que llegó á nuestros oídos como la vibración de un dardo arrojado con violencia hácia nosotros.

Alfredo y yo detuvimos instintivamente el paso en medio del salón. Aquello era durísimo para mi amigo, casi un insulto, una ofensa pública lanzada á plena impunidad.

Pero mi amigo, sin inmutarse ni perder el juicio, serena y noblemente me preguntó:

—¿Quién es esa bella tan alegre como unas pascuas?

—La mujer más graciosa, más espiritual de esta hermosa fiesta.

—¿Quieres presentármela?

Lo miré asombrado, confundido, y antes de que espresara mis excusas, añadió:

—No, no, es necesario que me presentes, ineludiblemente, que me pongas en relación lo más pronto; quiero hacer esta noche una buena temporada.

Apenas pude contener una franca y enorme carcajada. Acababa de producir una impresión de horror la presencia de mi amigo entre las mujeres, y de escuchar de labios precisamente de Anita, á quien quería ser presentado, una frase cáustica, hiriente, casi un grito de pavor, y sin embargo su deso era vivísimo. Pues, señor, esto era sinceramente una valiente aventura.

—Si la conoces y tienes suficien-

te amistad, —insistió— hay que esperar que esté libre.

La orquesta aparejaba sus armonías; iba á brotar un vals sonoro, alegre, dentro de un mundo de plantas; en el palco medio encubierto por las ramas, entre el salón rojo y el saloncito azul, entre jazmineros en flor, helechos, resedas y bombas de colores de la luz eléctrica, que daban á aquel lugar un aspecto poético y misterioso, donde los violines y flautas componían sonos brillantes y entusiastas.

—No es posible, no es posible, me decía Anita recorriendo el salón del brazo —¿quiere usted asesinarme? ¿Quiere usted que pierda la paz, y el horror de aquella fealdad me impresiones de tal modo que lleve una eterna pesadilla mi espíritu?

—El contraste, Anita, un hermoso contraste; usted la suprema belleza, lo delicado, lo poético, la estrella brillando en lo tenebroso, en lo que angustia, en lo que causa miedo; usted que representa lo amable, lo atrayente. ¡Oh! qué bello contraste va Ud. á darnos cuando esté del brazo de él.

—Vaya, es usted seductor, me está usted sonsacando. ¿Pero si me causa vértigo su presencia, si no tengo el valor de ocultar mi disgusto, usted me salvará?

—Sí, Anita; piense usted que también su fealdad obedece á una ley, tiene su atracción; la del abismo, y tiene su grandeza, la del horror.

—Mire usted, allá está ¡ay! que horrible! Su mirada profunda, penetrante, examinadora y esa deformidad de su rostro. ¡Oh! no me asesine tan joven.

Efectivamente, Alfredo parado en uno de los ángulos del saloncito azul, nos miraba con insistencia, interesado en nuestra conversación y su fisonomía, animada por una sonrisa irónica, hacía temblar al comprender que adivinaba el horror de que era objeto.

Su rostro terroso, pómulos salientes y toscos, boca sesgada, enorme, bigote erizado, salvaje y la frente ancha dura y fría, parecía una carjátide, en risa perpetua, una cara en noche de sueño pavoroso, con la mirada inteligente que parecía gozarse en su propia virtud, en la conciencia de su propio horror.

—Lo dicho, Anita, yo se lo presento, sin más excusa. Lo sensacional, lo extraordinario de la pareja que va á surgir derrepente esta noche, va á ser suceso notable; va á resplandecer la belleza suya de tal modo, que va á elevar la deformidad al supremo contraste.

—Francamente, está usted fastidioso. ¿No piensa usted que puede oscurecerme?

—No, al contrario, nos hará amar con más intensidad la bondad de su hermosura.

—Exagera usted; en fin, tanto exige usted, que me sacrifico, si señor, me sacrifico en holocausto de la novedad. Es usted un asesino.

11

Pocos momentos después, Alfredo, del brazo de Anita, recorría gallardamente los salones, y aquello era un acontecimiento sensacional; rumores cuchicheos, risas hasta aplausos, seguían á la pareja, que valiente y atrevida desa-

fiaba todas las miradas, todas las frases, todas las ironías.

Alfredo, como un conquistador, como un triunfador, noble y gallardamente llevaba del brazo á la más bella dama de esa fiesta, y Anita, con el rostro ligeramente sonrosado por un rubor delicado y apacible parecía una ilusión, una diosa, surgiendo su busto escultural de entre los encajes y flores de su traje verde esmeralda, constelado de lentejuelas de plata y perlas color de leche.

No dejaba de arrepentirme: estaba temeroso, había preparado yo este suceso y podía terminar mal.

Conocía el carácter de Alfredo, y una frase, una ironía, era posible que despertasen en él furias rabiosas, todo el odio acumulado de mucho tiempo atrás, esa furia que relampagueaba en su seño cejijunto, sombrío, en su mirada de una viveza extraña y capaz de humillar al más atrevido.

Pero poco á poco aquello perdió su interés: la música, lo animado del baile, la coquetería, el deseo de cada cual de festejar á su bella, aquietó la impresión que causara esa pareja que realizaba un supremo contraste magnífico dando á la fealdad de Alfredo cierta virtud de fuerza, de impresionabilidad más intensa y profunda que la belleza misma, que resultaba como una espresión fujitiva, deleznable, como una dejenneración hácia lo perfecto en la selección que se refina y pule en las razas, á costa de la virilidad y de lo potente.

Con gran asombro mío, la pareja siguió casi toda la noche, se prolongó más de lo que debía ser, y Anita, cautivada por la verbosidad espiritual y elocuente del hombre feo, se había olvidado del papel que representaba, y cuando la fiera terminó la «temporada» había sido hecha en realidad.

### III

Algunos años después, vuelto á la patria de un largo viaje, fui invitado por Alfredo á una comida de familia en su casa.

Mi amigo se había casado, hacía tiempo ya, no sabía yo con quien, y cuando vino á verme y le pregunté quién era la valiente dama que hacía el encanto de su hogar, él me miró sonriente y de una manera extraña, y me dijo:

—Ya la conocerás.

Mi suspicacia fué prudente. Supuse que guardaba sus reservas, temeroso tal vez de que al decirme el nombre de su consorte, me escusara de aceptar su invitación, por no encontrarme con una fisonomía poco menos como la de mi amigo.

Y fui puntual; estuve á la hora indicada en casa de Alfredo, y después de una breve charla, recordando nuestras antiguas aventuras, nuestra vida de juventud, me dijo:

—Antes de pasar al comedor, te voy á presentar mi á mujer.

—Con mucho gusto.

Como si fuera llamada, entró en ese momento al saloncito en que estábamos. ¿Quién? ¡Anita!...

—Ahí está, te la presento; creo que no la conoces mucho, dijo Alfredo, sonriendo maliciosamente.

La sorpresa fué tan grande, que, cohibido, asombrado, presenté mis excusas ridículamente, con palabras triviales y mal dichas.

¿Y era verdad lo que estaba viendo? ¡Anita la joven más bella, la más graciosa, la más rica, la más noble en brazos de aquel monstruo? ¿Que serie de aberraciones ó de extrañas atracciones había unido á aquellos dos seres tan opuestos?

Alfredo, un ecéptico, un satánico, de enorme inteligencia, pero sombría, tétrica, ¿cómo había podido conquistar, atraer á esa risueña avecilla, voluble, fugitiva, delicada como una rosa estival?

Ahí estaban, frente á frente, recordándome aquella noche que Anita exclamó al verlo.

—Horrible, horrible, Cuasimodo.

Mi amigo, ahora tenía la fealdad de su rostro todavía más acentuada y ella más hermosa, con sus ojos celestes, sus labios dulcemente rojos, con no sé qué parecido á A-

fredo, con no sé qué rasgo semejante, como si la deformidad ó lo monstruoso, asimilandose al rostro de Anita, fuera perfilándose finamente, sin destruir el encanto de esa beldad.

La comida fué alegre, comunicativa; supe que Anita era madre de dos niños, no feos y por varias veces me dijo:

—Soy muy feliz con Alfredo, muy feliz.

Al escuchar aquella confidencia tan espontánea y sincera, ganas tuve de volverme horrible, verdaderamente horrible.

AGUSTIN DE PORCELE.

### ORIENTAL

¿Quién en Bagdad no conoce á Giaffar, el Sol del Universo? Hace mucho tiempo que un día Giaffar, joven aún, paseábase por los alrededores de Bagdad. Hirióle de pronto un grito desgarrador; alguien pedía socorro con voces desesperadas.

Entre los jóvenes de su edad Giaffar se distinguía por su presencia y su discrección, pero era de ánimo compasivo y además confiado en sus fuerzas.

Corrió al oír el grito y era de un decrepito anciano á quien dos bandoleros habían empujado contra un muro y estaban en vía de desbaliar-le.

Tiró Giaffar del alfange y atacó á los miserables: mató al uno y puso en fuga al otro.

Libre el anciano echose á los piés de su libertador, y habiendo besado la fimbria de su túnica exclamó:

—¡Joven valiente no quedará sin recompensa la generosidad tuya! Tengo aspecto de un mendigo, pero nada más que el aspecto. No soy un hombre como los otros! Vete mañana al rayar el alba al gran bazar, allí te espero junto á la fuente y te podrás convencer de la verdad de mis palabras.

Giaffar pensó: todo es posible es

este mundo ¿por qué no ensayar?  
Y dijo esta respuesta:

—Está bien, está bien, padre padre mío, iré.

El viejo lo miró en lo más hon- do de los ojos y se alejó.

Al día siguiente, al primer albor de la aurora Giaffar marchóse al bazar. Aguardábale ya el anciano puesto de codos en el pilón de la fuente. Sin decir una palabra cogió de la mano á Giaffar y le guió á un jardincito rodeado por todas partes de elevadas tapias.

En el centro del jardín y sobre verde pradera, erguíase un árbol de extraordinario aspecto; parecía un ciprés, pero sus hojas eran de azul claro. De sus finas y levantadas ramas pendían tres frutos, tres pomos, una de mediano gran- dor, alargada blanca como la le- che; otra gruesa, redonda, de un rojo vivo, y la tercera pequeña y rugosa de un gris amarillento.

Rum-raba ligeramente el árbol entero á pesar de no haber ningun- a brisa; fino y quejumbroso repi- queteo alzábale del ramaje, como si fuese de vidrio. Dijéramos que el árbol sentía al acercarse Gia- ffar.

—Joven —dijo el anciano—elige de esos frutos el que quieras, y conoce primero sus virtudes. Si cojes y comes la manzana blanca tendrás más ingenio que todos los hombres. Si cojes y te comes la manzana roja, tendrás casas, riquezas como el judío Rostchitl. Si cojes y comes la manzana amarilla, serás el pre- sidente de las mujeres viejas. De- cidete sin tardanza que en menos de una hora se marchitarán los fru- tos y se hundirá el árbol mismo en las entrañas de la tierra.

Giaffar bajó la cabeza y se puso á meditar, diciendo á media voz cual si consigo mismo meditara:

—¿Qué vas hacer si te sobra el ingenio, posible es que no quie- res vivir más. Si eres más rico que todos los hombres serás envi- diado de todos ellos. Mejor es que cojas la manzanita arrugada.

Apoderose de ella. El anciano lanzó una carcajada con su boca sin dientes y dijo:

—¡Ah, tú el más sabio de los jó- venes! Bien elegiste. ¿Para qué necesitas la manzana blanca? Tie- nes ya más ingenio que Salomón. También la manzana roja es inútil para tí: serás el más rico sin ella. Solamente que nadie se cuidará de envidiarte la riqueza.

—Enseñame anciano!—dijo Gia- ffar irguiéndose—¿cuál es la morada de la respetable madre de nuestro califa, á quien guarde Dios?

El viejo hirió con la frente la tie- rra y mostró al joven el camino del palacio.

¿Quién en Bagdad no conoce al Sol del Universo, al grande omni- potente Giaffar?

IVAN TORGUENEF.

### Tempestades

*A mi amigo Gral. don T. Sierra.*

Sed insaciable, inmensa te devora  
I te roba la paz de la existencia;  
Amas la Libertad, luz redentora,  
Q' el cerebro te alumbre y la con-  
(ciencia.

Otro Tántalo tú, que á toda hora,  
Olvidado del mundo, sin clemencia,  
Espera ansioso la fulgente aurora.  
Q' mitigue tu sed, tu sed de ciencia.  
Quieres luchar, la lucha no te abate  
Porque quieres vencer, ó ser vencido  
Más sucumbir con honra en el com-  
(bate.

Que el mundo diga al recordar tu  
(historia,  
Que has muerto al fin, como titán  
(herido,  
Por la ambición sublime de la glo-  
(ria.

LUIS R. PUIG.

Puntarenas, 1901.

## CRONICA

### Notable operación

Como lo dimos á entender en nuestro número anterior, el jueves en la tarde fué operado el amigo don Alfredo Cabezas, por los ilus- trados facultativos doctores don A- lán Cárdenas y don Samuel F. Ruiz. La operación era sumamente delicada y peligrosa, pero los com- petentes citados médicos supieron

obtener un resultado feliz. El ami- go Cabezas, no obstante su estado de postración y debilidad, soportó bien el cloroformo. El escapelo fué cedido galantemente por el Dr. Cárdenas á su colega el doctor Ruiz, quien en pocos minutos dió con el foco de infección y paso fue- ra de peligro al paciente.

Al felicitar cordialmente al ami- go Cabezas y á su apreciable fa- milia, cumplimos también con el deber de tributar nuestros votos de aplausos á los doctores Cárde- nas y Ruiz por el brillante resulta- sado obtenido.

## PUNTARENAS AL DIA

—El jueves en la noche tuvo efecto el debut de la compañía bu- fa-cómica y de variedades, dirigida por el Sr. Luis R. Puig. Impor- tantes ocupaciones impidieron á nuestro cronista asistir á la repre- sentación; y por ese motivo nos privamos del gusto de decir algo sobre dicha función.

—Es de necesidad imperiosa que la policía vigile á los muchachos que frecuentan el Parque en las noches de retreta. Los referidos muchachos acostumbra ir detras de las jóvenes y señoritas y arro- jarles disimuladamente puñadas de tierra lo cual es una grosería intole- rable. Si la Policía no pone coto á tal abuso, no será extraño que una noche de estas resulte un ino- cente con la cabeza hecha pedazos, pues el primero que se encuentre detras, pagará el pato.

—Ha pasado el entusiasmo polí- tico por estas costas. Yá nada se dice de candidato, ni de progra- mas, ni de lucha eleccionaria. El sentimiento público permanece so- segado y ninguno piensa más que en trabajar para vivir.

—Hemos tenido el gusto de estrechar la diestra al simpático ami- go don Andrés Sandoval, quien re- gresó ayer de la capital.

—Aún no ha parecido el expe- diente extraviado y que solicitó *ad ffectum videndi* la Sala 1<sup>ra</sup> de apelaciones. Desearíamos saber si el señor Agente Físcal de San José ha tomado cartas en el asunto, á fin de que se averigüe el paradero de dicho expediente. Allá se ex- travió el juicio y por consiguiente, allá debe seguirse la instrucción su- maria del caso.

# El Nuevo Mundo

Este almacén, el mejor surtido en este puerto, tiene el gusto de avisar á sus favorecedores que acaba de recibir de las mejores plazas europeas y norteamericanas los siguientes artículos.

Queso Suizo, Gruyere  
Mantequilla Danesa  
Confites en latas de 7 libras  
Galletas finas  
Aceitunas rellenas con anchoas  
Alcaparras  
Turrónes de alicante  
Frutas en almíbar  
Carne de membrillo superior  
Callos á la española  
Legumbres, varias clases  
Tomates en diversas formas  
Espárragos  
Sardinias, diversas preparaciones.  
Canela en raja  
Vinos tintos y dulces, españoles  
Cognac Biscuit X, XX y XXX.  
Cerveza Hanmonia, botella entera  
Aceite superior  
Agua de Jajos  
Pimienta picante y de olor.  
Cominos y clavos de olor.  
Alpiste para canarios  
Cera de castilla  
Mezclillas  
Mantas  
Mantadriles

Guitarras españolas  
Corchos, distintos tamaños  
Remos para embarcaciones  
Romanas para mostrador  
Estafío en barras  
Candeleros de hierro, latón y niquelados  
Urnas para mostrador  
Techo de hierro de 6 y 8 piés  
Tornillo con arandelas para ídem  
Jarcias, varios gruesos  
Relojes despertadores  
Filtros para café, niquelados  
Coktaileras de cobre niquelado  
Bandejas " " "  
Azucareras " " "  
Quinqués de lata " " "  
Faroles  
Planchas para sastres y lavanderas  
Molinos para café  
Alambre con púas, para cercas  
Minio rojo  
Loza de china  
Llantas y carrizos  
Cepillos para dientes, ropa, sombrero y calzado  
Acordeones

Además de renovar constantemente el surtido, esta casa tiene siempre gran existencia de vinos, licores, conservas, cerveza, aguas minerales, ferretería, cristalería, papelería, quincallería y muchos otros artículos para la marina.

Pronto recibirá un surtido en casimires ingleses, driles blancos y de colores, alpacas y forros de seda, zarazas, pañuelos, merinos, encages, tiras bordadas, frazadas, camisas de seda, lino y algodón, calcetines, medias, corbatas y muchos otros artículos propios para caballeros, señoras y niños. Tambiéu recibirá un completo surtido de objetos de mercería.

Paga los mejores precios por pieles de venado y plumas de garza.

Puntarenas, 5 de noviembre de 1900.

## VENDO

Los materiales de una casa que mide veintiuna varas de largo por quince de ancho, doble cañon y toda la madera de cedro.

Puntarenas, 14 de Nov de 1900

J. Felix Bonilla

## El Dr. Tamayo

Trasladó su residencia y consultorio al "Hotel McAdam, en el departamento que ocupó la familia Mc. Adam.

## La California!

El establecimiento que vende mas barato en Puntarenas ofrece al por mayor:

Caafin C/ 12-00 caja.

Arroz chino 4-50 paca.

Vinos tintos y

Jenerosos á 7-00 caja.

Cebollas á 15 qq.

El mejor vinagre de vino, fuerte y aromático. Se vende en **La California** á 25 cts. botella.

**La California** da mercadería, por toda clase de productos del país, ya sean pieles, hule, café, carey, arroz, maiz, frijoles, papas, etc.

Caafin, petróleo, gaz á 30 cts. botella se vende en **LA CALIFORNIA**.

La mejor cerveza nacional á 15 cts. botella se vende en **LA CALIFORNIA**.

El mejor tabaco se vende en **La California** a C/ 1-75 la libra y el mejor aceite de oliva á C/ 1. la botella.

## AVISO

El famoso azúcar del Ingenio de Nicoya, se encuentra de venta en la Casa de Agencias de Felipe J. Alvarado & Ca. de Puntarenas.

## PRECIOS

Azúcar de 1<sup>o</sup> C/ 15 qq.

" " 2<sup>o</sup> " 14 "

Imprenta de El Pacifico